

Una vida intensa, una obra prolífica

15

Pocos escritores peruanos —en realidad, muy pocos— deciden, desde tan temprano, abocarse a la literatura con la pasión e intensidad de Sebastián Salazar Bondy (1924-1965) y, ello además, en una sociedad —como la describió Mario Vargas Llosa, en el hermoso texto que le dedicara a su muerte en 1965—: «... en la que la literatura no cumple función alguna porque la mayoría de su miembros no saben o no están en condiciones de leer y la minoría que sabe y puede leer no lo hace nunca (...)»¹.

Nacido en el seno de una familia de clase media, a la muerte de su padre, en 1933, muy pronto el joven adolescente se verá obligado por las circunstancias a encarar, al lado de su familia, la estrechez y las dificultades económicas. Poco tiempo después, nacerá en él la afición por la lectura y la poesía². En 1941, ingresa a la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos para dejar

¹ «Sebastián Salazar Bondy, la vocación literaria en el Perú», publicado por primera vez en la *Revista Peruana de Cultura*, Lima, N.º 7-8, pp. 29-30, 1966.

² En su *Cronología sumaria de Sebastián Salazar Bondy* (1966) —de la cual hemos tomado las referencias biográficas incluidas en este breve nota—, Abelardo Oquendo señala que, para el año 1936, nuestro escritor «es un alumno irregular, y poco disciplinado; “demasiado conversador”, dicen sus profesores. Dibuja, afición que no desarrolló, y escribe. En casa juega a hacer periódicos, teatro, pantomimas» (*Revista Peruana de Cultura*, Lima, N.º 7-8, p. 153). Dos años después, publica en una revista escolar sus primeros versos.

inconclusos sus estudios algunos años más tarde. La experiencia universitaria, sin embargo, resultará fundamental para su formación: allí, entre otros jóvenes artistas e intelectuales, conocerá, en 1942, a los poetas Jorge Eduardo Eielson y Javier Sologuren con quienes —más adelante, en 1946— publicará una antología poética titulada *La poesía contemporánea del Perú*, que resultará decisiva en el establecimiento de un nuevo canon en la poesía peruana moderna e incluirá a nuestros más significativos poetas de la primera parte del siglo xx.

16

A partir de esa fecha, la vida de Salazar Bondy transcurrirá a una velocidad vertiginosa: en 1947, obtendrá por primera vez el Premio Nacional de Teatro con *Amor gran laberinto*, se convertirá en redactor responsable a cargo de una sección literaria en el recién fundado diario *La Nación* y, por último, se casará con la actriz argentina Inda Ledesma para luego establecerse con ella en Buenos Aires —ciudad en la que más tarde llegará a conocer a escritores como Julio Cortázar o al poeta español Rafael Alberti—, en donde, a partir de 1949, colaborará en la prestigiosa revista *Sur*. Al año siguiente, antes de regresar al Perú a raíz de su separación, publicará su cuarto poemario, titulado *Los ojos del pródigo*, y una plaqueta, *Tres confesiones*.

En 1952, en Lima, entrará a trabajar en el diario *La Prensa*, en donde permanecerá hasta 1959, y realizará una incansable labor como periodista a tiempo completo, alternando sus intereses en torno a temas tan variados como la crítica de arte y de teatro, la crónica sobre la ciudad, la reseña literaria y, en general, la difusión de la cultura y la lectura en un medio que, de por sí, se mostraba adverso a todo tipo de actividad cultural. Ese mismo año se hará acreedor nuevamente al Premio Nacional de Teatro con el drama histórico titulado *Rodil*. Al siguiente año, se

estrenará la farsa *El de la valija* y el monólogo *El espejo no hace milagros*, y luego, en 1954, incursionará por primera vez en la narrativa breve publicando el volumen de cuentos *Náufragos y sobrevivientes* (de temática netamente urbana y que ampliará en una edición posterior) y estrenará dos nuevas obras teatrales: *En el cielo no hay petróleo* y el drama *No hay isla feliz*. 1956 será otro año fructífero en la vida de nuestro autor, quien viajará a París a estudiar teatro por un año —becado por el Gobierno francés— y conocerá otros países europeos desde los cuales seguirá contribuyendo con notas periodísticas a *La Prensa*. A su regreso, ese mismo año, estrenará nuevas piezas teatrales: *Un cierto tic-tac* (juguete en un acto) y *Algo que quiere morir* (drama en tres actos). Asimismo, formará parte de la revista *Libertad*, órgano del Movimiento Social Progresista, en donde colaborará asiduamente involucrándose con mayor énfasis en la vida política.

17

En 1957, Salazar Bondy publicará una nueva antología poética preparada con el poeta Alejandro Romualdo —*Antología general de la poesía peruana*—, y, en 1958, una segunda incursión narrativa motivada por su viaje a París —*Pobre gente de París* (narraciones en torno al fracaso y el desencanto de un grupo de artistas latinoamericanos que viajan a la Ciudad Luz en busca de un éxito siempre elusivo)—. Ese mismo año, nuestro autor se casa con Irma Lostaunau. Al siguiente, se desvincula definitivamente del diario *La Prensa* a causa de discrepancias ideológicas e ingresa luego a *El Comercio*, en cuya página editorial y suplemento *El Dominical* continuará su labor como promotor cultural. Ese año nace su única hija, Ximena, a quien dedicará una hermosa plaqueta que será editada al año siguiente —*Vida de Ximena*—. Asimismo, estrena en el teatro La Cabaña la comedia *Dos viejas van por la calle* y *Flora Tristán*, una «estampa dramática en

tres actos», dedicada al poeta Pablo Neruda, con quien siempre mantuvo una fraternal amistad.

En 1960, viaja a China y conoce también Moscú. Ese mismo año recibe el premio León de Greiff en Venezuela por *Conducta sentimental* —libro con el que retorna al quehacer poético después de un silencio de casi una década y que formará parte más adelante del volumen *Confidencia en alta voz*— y, en el Perú, el premio Cabotín al mejor artículo periodístico del año.

En 1961, la editorial Losada publica en Buenos Aires un volumen con sus dramas *Rodil*, *No hay isla feliz*, *Algo que quiere morir* y *Flora Tristán*, y, en Lima, sale a la luz su primer y único libro de cuento infantil: *El señor gallinazo vuelve a Lima*. El año siguiente será el estreno de *El fabricante de deudas*, también realizará un viaje a Cuba para formar parte del jurado para el premio de teatro de la Casa de las Américas. Asimismo, incursionará sin éxito en la política como candidato a una diputación por Lima y fundará el semanario *Oiga*, del cual será redactor principal.

En 1963, Salazar Bondy viaja al Japón invitado a estudiar el teatro de ese país y reasume sus colaboraciones en el suplemento *El Dominical* de *El Comercio*. Ese mismo año trabaja como asesor literario en la editorial Populibros Peruanos, escribe *El beso del caimán* (juguete en un acto) e imprime *Cuadernillo de Oriente*, en el que incluye dos poemas («Adiós al otoño japonés» y «Pequeña carta para China»). 1964 es un año particularmente importante, pues aparecen en México tres libros suyos: el ensayo *Lima la horrible*, *Poesía quechua* (con selección y presentación del autor) y *Cerámica peruana precolombina*. Ese año, en Lima, la editorial Populibros publica la segunda edición de *Lima la horrible* (con algunas correcciones y adendas del propio autor), *Dios en el cafetín* (que incluye los textos de *Pobre gente de París*,

precedidos de un cuento que le da el título al volumen) y, finalmente, *Mil años de poesía peruana*, una nueva antología de poesía peruana preparada por el autor. Asimismo, en Buenos Aires edita una selección de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega con un prólogo suyo.

En 1965, Salazar Bondy participa en el Primer Encuentro de Narradores Peruanos, organizado por la Casa de la Cultura de Arequipa, se estrena en el teatro La Cabaña *La escuela de los chismes* (comedia en tres actos) y logra terminar dos nuevas obras teatrales que serán estrenadas póstumamente: *Ifigenia en el mercado* (farsa musical en cuatro cuadros) y *El rabadomante* (pieza en un acto), obra esta última que le valdrá ganar por tercera vez el Premio Nacional de Teatro, que no recibirá en vida.

Finalmente, antes de morir, Salazar Bondy dejará terminado su más importante poemario (*El tacto de la araña*), un último libro de poemas inacabado (*Sombras como cosas sólidas*) y una novela inconclusa (*Alférez Arce, Teniente Arce, Capitán Arce...*), cuyos cinco primeros capítulos serán publicados por la Casa de la Cultura en 1969.

De esta breve y veloz reseña de la vida y obra de Salazar Bondy pueden extraerse algunas conclusiones que quizá resulten ociosas: la primera consiste en corroborar el hecho de que, a lo largo de un período de poco más de veinte años, alcanzó a cultivar todos los géneros literarios (el teatro, la poesía, la narrativa breve, el teatro en sus diversas expresiones, el ensayo y la crónica periodística). Aun cuando solo llegó a consolidarse como un autor maduro en algunos de ellos —principalmente en el teatro y en la poesía—, resulta por demás asombroso que en un período tan breve Salazar Bondy se convirtiera en uno de los pocos escritores peruanos capaces de incursionar en ámbitos tan diversos de la expresión literaria (como lo fueron en su

momento Abraham Valdelomar y César Vallejo)³. Una segunda observación atañe al papel fundamental que cumplió como promotor cultural en un medio que —como ya se ha visto— no estaba preparado aún para valorar y acoger la producción artística e intelectual de sus escritores y artistas. Principalmente a través de su labor como periodista cultural —quizá tan solo antecedido por José Carlos Mariátegui—, Salazar Bondy contribuyó al desarrollo de una crítica verdaderamente comprometida con su tiempo y con la sociedad en la que vivió: una revisión de su vasta producción periodística (con la asombrosa cifra de unos 2231 artículos, según afirma el crítico francés Gérald Hirschhorn) no hace más que confirmar esta preocupación por la formación de la sensibilidad y capacidad crítica de sus lectores. Por último, un tercer aspecto que merece ser revalorado en el legado de nuestro autor es el papel que jugó como mentor y guía de intelectuales y escritores más jóvenes que vieron en él una suerte de modelo o, en todo caso, de encarnación de la vocación literaria⁴.

³ Como bien señaló él mismo en un texto que incluimos en esta edición: «[...] los géneros no son instituciones; son medios, son instrumentos, son formas a las que hay que llenar y que uno emplea de acuerdo a lo que tiene que decir y a la manera cómo tiene que decir; y que, en consecuencia, la literatura en mí era una necesidad de expresión, una necesidad de liberación, una necesidad de nivelar ese brusco desnivel que fue la crisis económica de mi hogar, la literatura —digo— fue para mí el modo de expresión sin que se ciñera a un género, sin que eligiera un género como único carril, como único camino a seguir» («Sebastián Salazar Bondy por él mismo», originalmente publicado en *Primer Encuentro de Narradores Peruanos: Arequipa, 1965*. Arequipa: Casa de la Cultura, 1969).

⁴ En este sentido, nuevamente el testimonio de Mario Vargas Llosa es bastante elocuente: «[...] qué hizo Sebastián cuando llegó a Lima. No había casi nada y él trató de hacerlo todo, a su alrededor reinaba un desolador vacío y él se consagró en cuerpo y alma a llenarlo. No había teatro [...] y él fue autor teatral; no había crítica ni información teatral y él fue crítico y columnista teatral; no había conjuntos ni compañías teatrales y él auspició la creación de un Club de Teatro y fue profesor y hasta director teatral; no había quien editara obras dramáticas y él fue su propio editor. [...] Todo, en el Perú, contradecía la vocación de escritor, en el ambiente peruano ella adoptaba una silueta quimérica, una existencia irreal. Pero ahí estaba ese caso extraño, ese hombre orquesta, esa demostración viviente de que sí, de que a pesar de todo alguien lo había conseguido. ¿Quién de mi generación se atrevería a negar lo estimulante, lo decisivo que fue para nosotros el ejemplo centelleante de Sebastián? ¿Cuántos nos atrevimos a intentar ser escritores gracias a su poderoso contagio?» (*Revista Peruana de Cultura*, Lima, n° 7-8, p. 47-48, 1966).

Creo que, a raíz de la conmemoración de los cincuenta años de su muerte, hay en esas tres breves conclusiones razones suficientes para volver a fijar nuevamente nuestra atención en la obra de Sebastián Salazar Bondy y, sobre todo, sembrar en los nuevos lectores el interés por un autor que aparentemente parecía haber sido olvidado por aquellos a quienes precisamente dedicó su breve vida. De allí que esta recopilación de piezas teatrales, obras narrativas, artículos periodísticos y un capítulo de su celebrado ensayo *Lima la horrible* pretenda rendir un homenaje y un reconocimiento tardíos a quien tanto hizo por nosotros. Que así sea.

21

Alejandro Sustí